

QUE SABEMOS HOY SOBRE EL ORIGEN DEL HOMBRE (*)

Entre los problemas que hoy día acaparan la atención del hombre de ciencia, naturalista, zoólogo, químico o físico, y también del filósofo e incluso del teólogo, se destacan dos sobre todos los demás, dada la trascendencia que su comprobación tendría en todas las disciplinas del humano saber: la posible producción sintética de la vida en las retortas del laboratorio y el primer origen del hombre. He aquí lo que escribe V. Marcozzi, S. J., respecto del segundo: «La cuestión es de la máxima importancia, ya que de su solución depende la orientación de la vida de cada uno. No puede tener la misma concepción de la vida, y mucho menos los mismos ideales quien se cree sólo un poco superior a los brutos, venido de ellos por natural evolución, que quien sostiene ser creado a imagen y semejanza de Dios. Es precisamente este nexo íntimo con la orientación de la vida lo que hace de este problema, el problema por excelencia, el más fascinante y atormentador, siempre viejo y siempre nuevo» (1).

No han faltado, en efecto, quienes ante las recientes experiencias de la Berkeley University echasen a vuelo las campanas anunciando al mundo la síntesis de la vida por los Dres. Fraenkel-Conrat y Robley Williams. Pasados los primeros entusiasmos ha vuelto la tranquilidad: la producción química de la vida no ha sido un hecho, como anunciaron sus entusiastas, y algún que otro teólogo. He aquí algunas de las manifestaciones de lo que creemos un optimismo exagerado: «El autor (Bochian, biólogo ruso que logró sintetizar un virus desconocido), *ha creado la vida*; puede, pues, considerarse en el mismo plano que el

(*) Conferencia leída en el Seminario Diocesano de Santander, con motivo de la fiesta de Santo Tomás de Aquino, 7-III-1959.

(1) MARCOZZI: *Evoluzione o creazione*, C. E. A., p. 8, Milano, 1948.

Dios invocado en los países reaccionarios» (Gazzetta del Popolo, XI, 1950). Y en la Revista PENSAMIENTO (2) escribía Alejandro Roldán: «...de lo dicho se sigue que la hipótesis de que se haya sintetizado ya la vida en el laboratorio a partir de estructuras orgánicas complejas prefabricadas por la naturaleza es, por lo menos, *sólidamente probable*». Y poco antes había escrito: «En un terreno científico-filosófico, en el que hay ya experiencias de por medio (...) hay que asegurarse bien, antes que nada, de si no se ha producido ya la vida por síntesis (3).

También en 1956, nueve científicos franceses respondían afirmativamente a la cuestión de la posibilidad de la síntesis química de la vida (4).

El problema está planteado. Su solución no parece imposible a los científicos, sino todo lo contrario: «Desde este punto de vista, escribe W. O. Kenrick y P. Eggleton, resulta correcto decir que el problema de sintetizar un hombre es precisamente tan soluble como el problema de sintetizar una molécula de alcohol. Naturalmente la tarea sería mucho más laboriosa» (5).

Un segundo problema es el del primer origen del hombre. ¿Nace por creación, conforme sostuvo casi unánimemente la tradición antigua, o más bien viene por evolución, a partir de la materia inanimada, o de algún viviente inferior? ¿O no nace de ninguno de los modos enunciados, sino por azar, debido a las leyes de los grandes números, bajo el influjo de fuerzas físico-químicas, como prefiere N. Heribert Nilson? «Todo el acontecer, dice, lo mismo en el orden biológico que en el atómico, obedece a una gran ley, la ley de los grandes números» (6).

También aquí el problema se halla planteado, y, según muchos, resuelto, aunque permanezcan puntos oscuros, acaso para dar mayor esplendor a las teorías, como las sombras a los cuadros.

Cualquiera que abra un texto de botánica, de zoología, de antropología, se encuentra con una teoría reinante hoy en las ciencias que se dicen experimentales: la teoría de la evolución. La misma idea se

(2) A. ROLDAN, S. J.: *¿Vida en el laboratorio?*, *Pens.*, 13 (1957) 135.

(3) *Ib.*, p. 131.

(4) Cf. *Cahiers d'études biologiques*, n.º 3: *L'origine de la vie sur la terre. Qu'est-ce que la vie?*, París, 1957.

(5) *El barro de que estamos hecho*, p. 262, Barcelona, 1946.

(6) *La idea de la evolución y la biología moderna*, Escorial 16 (1942) 222.

expone en Revistas científicas, en estudios monográficos o en libros de vulgarización. «Actualmente, ha dicho Arambourg en el Coloquio Científico Internacional celebrado en París, en 1947, el transformismo ya no se discute, ya que es el único medio de explicar innumerables hechos revelados por la Paleontología y de comprender el conjunto del mundo inanimado y el desarrollo de la vida; la controversia sólo existe acerca de su mecanismo y de sus causas» (7). Del mismo parecer fueron todos los científicos franceses, ingleses y norteamericanos, asistentes a esta reunión, patrocinada conjuntamente por el *Centre Nationale de la Recherche Scientifique y la Rockefeller Foundation*. Y con igual seguridad se expresa Wildiers, doctor en teología, en el prólogo a *La aparición del hombre*, del mismo Teilhard: «Es cierto que ha habido un crítico, el único que yo sepa, que le ha aohacado—a Teilhard de Chardín—el que su visión del mundo descansara sobre el evolucionismo. No parece posible cómo en nuestra época actual quepa semejante reproche. En otro tiempo, cierto, el principio de la evolución se daba como simple hipótesis, pero hoy se ha convertido en certeza fuera de toda duda razonable, dada su fecundidad, sus constantes desarrollos y las confirmaciones que han aportado una gran masa de hechos y descubrimientos» (8). Y poco después añade: «Para la mayoría de los científicos, si no para la totalidad, el principio evolucionista forma ahora ya parte de los elementos definitivos de nuestra concepción del mundo» (9).

Sin embargo, ni los mismos científicos reunidos en París del 17-23 de Abril de 1947, los más destacados del mundo franco-anglo-americano, extremaron tanto sus conclusiones ni dieron tanto alcance a la evolución, manifestando tan sólo su unanimidad en cuanto al hecho de la evolución zoológica; pero sin atreverse a definir su extensión y mucho menos los factores y el modo de obrar por los que se rige (10).

Esta actitud, decididamente evolucionista de autores católicos, tal vez sea debida al fantasma galileano que algunos temen se repita en nuestros días; por lo cual snobísticamente asienten a la opinión hoy reinante no sólo en los medios científicos, sino en los más amplia-

(7) TEILHARD DE CHARDIN, S. J.: *Un colloque scientifique sur l'évolution*, en *Etudes*, mayo 1947.

(8) TEILHARD DE CHARDIN, S. J.: *La aparición del hombre*, Madrid, 1958, con prólogo de Wildiers, p. 14.

(9) *Ib.*

(10) Cf. TEILHARD DE CHARDIN, S. J.: *Un colloque scientifique...* pp. 257-59.

mente culturales, por temor al ridículo o a «jugarse su prestigio científico a los ojos de muchos», como ha escrito Alejandro Roldán (11). Una novísima confirmación de esto pudiera verse en la reciente controversia Ramírez-Lain Entralgo.

Sin embargo, hay que decir que no todos los científicos de hoy son transformistas, al menos en un sentido tan amplio. Baste citar los testimonios de P. Lemoine y Guilliermond, profesor que fué el primero del *Museum*, y presidente del LXII Congreso de la *Association française pour l'avancement des sciences*, el segundo. «El tomo V, dice Lemoine, de la *Enciclopedia francesa* marcará ciertamente una fecha en la historia de nuestras ideas sobre la evolución. De su lectura resalta que esa teoría parece estar en vísperas de ser abandonada (...). De esta exposición se desprende que la teoría de la evolución es imposible. En el fondo, a pesar de las apariencias, nadie cree ya en ella, diciéndose, sin que por otro lado se dé importancia a la cosa, «evolución» para significar encadenamiento o «más evolucionados», «menos evolucionados», o en el sentido de «más perfeccionados», «menos perfeccionados», porque es un lenguaje convencional admitido y casi obligatorio en el mundo científico. La evolución es una especie de dogma en el que sus sacerdotes no creen ya, pero que sostienen para su pueblo. Esto es menester tener ánimo para decirlo, con el fin de que los hombres de la generación futura orienten sus investigaciones en otro sentido» (12).

«El transformismo, escribe Guilliermond, sufre hoy una crisis. ¿Será menester proclamar, como lo hace Lemoine, en la *Enciclopedia Francesa* recientemente, el fracaso de esta teoría? Yo no lo creo así, ya que es la única explicación racional del origen de las especies, además de que está de acuerdo con los hechos generales tomados de la Paleo-

(11) *La evolución*, p. 224, Barcelona, 1950. No creemos, sin embargo, que A. Roldán mantuviera hoy su afirmación de 1950, repetida en forma distinta en otra obra suya (*Metafísica del sentimiento*, C. I. S. I. C. Instituto «Luis Vives» de Filosofía, Madrid, 1956, sobre todo en las págs. 58 y 231), ya que en el citado artículo de PENSAMIENTO, p. 156, escribe lo siguiente: «Somos enemigos de esa apologética que hemos llamado negativa, que no ha aprendido todavía la lección del caso «Galileo», y que creyendo prestar un alto servicio a la ortodoxia no hace en realidad sino buscar innecesarios e inexistentes conflictos entre la ciencia y la fe», hablando de la posibilidad de la síntesis química de la vida, que da casi ya como un hecho logrado. Y en la pág. 130 recordaba el reciente testimonio de J. Huxley, quien una vez más se declaraba ateo por «creer incompatible la posición teísta con la afirmación de que la vida actual proceda por evolución de la materia inorgánica».

(12) P. LEMOINE: *Encyclopédie Française*, París, 1937, V. 82-83

botánica. Pero se ha de convenir en que el problema de la evolución, en su conjunto, es inasequible a la ciencia positiva y que permanece en el terreno de la metafísica» (13).

Y lo mismo escribió en 1943 Lecomte de Noüy : «Nuestra fe en la evolución es, al presente, de origen intuitivo, metafísico, por así decirlo, más que científico» (14).

Es decir, hoy, según muchos autores, la teoría de la descendencia es una doctrina fenecida ; o si se cree en ella es por motivos acientíficos ; de ningún modo por la experiencia o verdadera ciencia experimental. A lo más por ser una teoría grandiosa y fascinante que se presta a maravillosas vistas de conjunto sobre el origen de las cosas.

De otro lado, las voces defensoras de la evolución no son ni menos numerosas ni menos autorizadas, en el campo científico. Y por lo mismo, esta teoría ha invadido todos los campos en torno, principalmente, a la cuestión antropológica. Por lo cual ha podido escribir G. Salet y L. Lafont : «Se puede decir que, bajo el eufémico nombre de *Evolucionismo espiritualista* moderado, el transformismo ha adquirido derecho de ciudadanía hasta en ambiente teológicos, y que, bajo esa forma atenuada y tolerante, penetra hasta en los Seminarios. Si no es enseñado en ellos como una certeza, el cuidado tomado en demostrar su compatibilidad con el dogma, deja suponer que algunos teólogos le consideran como un sistema sólidamente establecido» (15).

Las opiniones, pues, son encontradas, lo mismo frente al hecho de la evolución que frente a su alcance, sus principios—mecanismo le llaman algunos—y su extensión. Por eso vamos a proceder con riguroso orden y, dentro de la brevedad que el tiempo nos permite, por los siguientes puntos :

- I.—Diversos aspectos de la evolución.
- II.—Extensión o amplitud de la misma.
- III.—Sus fundamentos.
- IV.—Grado de certeza aplicada al hombre.

(13) GUILLIERMOND : *Sciences*, n.º 26, p. 23. (El subrayado es nuestro).

(14) En V. ANDERÉZ : *¿La opinión transformista en crisis?*, *Raz.-Fe*, 136 (1947) 213. Otros muchos testimonios contrarios a la evolución pueden leerse en este mismo artículo del P. Andérez en las págs. 209-215, al igual que los que le son favorables en las págs. 215-224.

(15) G. SALET y L. LAFONT : *L'évolution régressive*, p. 45, París, 1943.

I.—DIVERSOS ASPECTOS DE LA EVOLUCION

«La cuestión de la evolución se trata generalmente desde un punto de vista totalmente exclusivista, siendo así que solamente considerándola de un modo integral puede llevar a término feliz» (16).

Esta consideración integral de la evolución comprende tres campos diversos: el científico, el filosófico y el teológico. El científico aportará los datos que las ciencias por él cultivadas—paleontología, genética, zoología, botánica, etc.—puedan suministrar; tarea del filósofo será no negar esos datos, sino interpretarlos a la luz de los principios supremos de la razón; al teólogo, en fin, le compete emitir el juicio de su compatibilidad o incompatibilidad con las verdades reveladas. Prescindir de uno de los aspectos del problema sería mutilarlo. Ni la ciencia puede aportar datos inconciliables con los principios de la razón, ni ambas pueden hablar en contra de la revelación, ya que las tres no son sino la expresión de la verdad total, o una misma verdad expresada en tres lenguajes distintos. Y tan perjudicial sería el que el científico negara las otras verdades como que el filósofo o el teólogo trataran de juzgar los datos científicos, sin preparación suficiente para ello. Nada importa que los científicos evolucionistas sean en su mayoría ateos de profesión; los datos serán siempre datos y las cifras, cifras, vengan de donde vinieren. A ellos les compete eso: ofrecer el material. Cuando hagan filosofía sin base experimental suficiente, corresponde al filósofo justipreciar sus aseveraciones. Y no olvidemos que, como ha observado Jaime Echarrri con mucha razón, «la antropología científico-positiva, concretamente su antropogénesis, se inspira en datos y, también, en una filosofía. Más, con demasiada frecuencia, en la segunda que en los primeros» (17).

Si el científico lograra un día demostrar la concatenación filogenésica del ser unicelular al pluricelular, y de éste, ascendiendo en la escala vital, remontarse a demostrar científicamente la descendencia del hombre a partir del bruto animal, estaría en su derecho al afirmarlo. Si intentara además analizar el proceso, el mecanismo interno del mismo, la fuerza oculta, no experimental, que lo llevó a tal término, pueden, con toda justicia, tanto el filósofo como el teólogo, disentir de su ex-

(16) M. CUERVO, O. P.: *Suma Teológica. Introducción a las cuestiones 90-92, T. III-2.º*, Madrid, B. A. C., 1958, p. 512.

(17) JAIME ECHARRRI, S. J.: *La evolución y el origen natural del hombre!* *Pens.* 5 (1949) 404.

plicación. Admitir un hecho no puede exigir nunca la renuncia a los principios de la razón o de la revelación, siempre que estuvieran válidamente establecidos. El científico ha dejado entonces de serlo; y en cuanto filósofo, pueden los filósofos discutirle en el terreno que les es propio.

Pues bien, la aseveración, sin ningún género de dudas de todos los científicos—ya hemos dicho que los que opinan en contra son, en realidad, minoría—es el hecho de la evolución; y respecto del hombre, su descendencia de formas inferiores por sucesivas transformaciones de las mismas hasta culminar en el rey de la creación, el hombre. Todos los seres, desde el unicelular hasta el más perfecto de los vertebrados, a través de sucesivas generaciones perfectivas, han tendido a la hominización, hasta que un día, hoy ya lejano, apareció el hombre sobre la tierra.

Ante esta afirmación cabe preguntarse: ¿Pudo el hombre aparecer como fruto de una evolución natural? O de otro modo: ¿Pudieron los organismos inferiores preparar transformísticamente la aparición del hombre, hacerla posible o producirla? «¿Estamos seguros, pregunta Nilson, de que la evolución (y en particular la evolución hacia el hombre) es un suceso natural como el desarrollo de un organismo desde la semilla hasta convertirse en un árbol frondoso y florido? ¿No podría acontecer que la evolución fuera simplemente un vistoso edificio que hubiéramos levantado nosotros mismos poniendo piedra sobre piedra, acabado y como cualquier edificio, fuera cosa muerta?» (18). ¿Qué nos dice la ciencia?

Antes de responder a estos interrogantes debemos ver cómo se plantea generalmente el problema por los científicos y qué orientaciones prestan la filosofía y la teología, si bien en estos puntos, en particular respecto de la teología, seremos muy breves. Con ello entramos en el segundo punto que nos habíamos propuesto.

II.—EXTENSION O AMPLITUD DE LA EVOLUCION

Es cierto que el científico parte en sus investigaciones de la llamada «evolución cósmica». El mundo no ha existido siempre de la misma manera. Más tarde amplía sus investigaciones al campo de lo vital; y luego al paso de los primeros organismos vegetales—si es que éstos

(18) H. NILSSON: *La idea de la evolución y la biología moderna*, Escorial, 16 (1942) 207.

fueron los primeros—al reino animal; y por último, y ya dentro del reino animal, lleva su estudio al paso posible de un animal, por transformación progresiva, al mismo hombre. Como científico no distingue, o no siempre lo hace, las diversas maneras de considerar al hombre; o mejor dicho, no considera los distintos elementos que constituyen el hombre. De ahí que al hablarnos de la descendencia del hombre a partir de un animal inferior, lo hace siempre de todo el hombre, del alma y del cuerpo. No todos proceden así; pero estamos trazando líneas generales. Y muchos ciertamente así lo reconocen. Véase, por ejemplo, lo que escribe Julián Huxley: «Aun cuando podemos estar seguros de que la evolución ha ocurrido, es decir, de que nuestros cuerpos y mentes se han derivado poco a poco de los seres simiodes, éstos de mamíferos inferiores, éstos a su vez de reptiles, anfibios, alguna forma de pez, y así, retrocesivamente hasta un ser unicelular...» (19). O las más tajantes palabras de Boule: «La vida fué la primera vez resultado de fenómenos puramente físicos y químicos; y el sol, que hoy se complace en conservarla, ha podido, una vez crearla» (20). «La preeminencia del hombre fué conquistada gradualmente en el curso de una lenta y gradual evolución» (21). La «razón» no es una creación especial, una aparición brusca, sino que se ha formado poco a poco» (22). Proceso que Teilhard de Chardin reflejaba de la siguiente manera: «Para una mirada simplemente curiosa por hallar verdades científicas, todo acontece como si el hombre, al aparecer sobre la tierra a finales del Plioceno, fuera un objeto material, largamente buscado por la naturaleza, a través de una serie repetida de esbozos o de aproximaciones sucesivas» (23).

El hombre, pues, en su totalidad, se forma poco a poco, gradualmente, sin que la misma razón representa una cisura con el mundo animal en su aparición; se trata de un proceso natural de hominización, de interiorización, de autoconciencia, que la Naturaleza va adquiriendo en el correr de los tiempos, después de muchos intentos fracasados (24).

Tampoco al explicar su mecanismo, los factores a que obedece, se han fijado en alguno extraño a la materia, sino exclusivamente en factores internos al organismo, o en factores ambientales, o, finalmente,

(19) EN ANDERZ: *¿La opinión transformista en crisis?*, p. 219.

(20) E. BOULE: *Les hommes fossiles*, p. 437 París, Masson, 1921.

(21) *Ib.* p. 440.

(22) *Ib.* p. 464.

(23) *La aparición del hombre*, p. 52.

(24) TEILHARD DE CHARDIN, S. J.: *El grupo zoológico humano*, Madrid, 1947, *passím*.

en el influjo que los segundos pudieran haber ejercido sobre los primeros. Pero en su mayoría no se han detenido a considerar si existe o no una Causa Directora del proceso y extraña en su ser a la constitución del mismo. De ahí que el evolucionismo que en estos principios se incubaba es universal, mecanicista, ateo, materialista y poligenista en su generalidad; y en todo tiempo ha recibido la repulsa de los auténticos filósofos, no digamos de los teólogos. Y hoy, hasta la de muchos científicos.

Mas no siempre sucede así. Y los mismos científicos disienten entre sí en el alcance que ha tenido la evolución y en los principios que la explican, dando lugar, por este motivo, a la inserción de filósofos y teólogos en la corriente evolucionista. Aquí es donde conviene deslindar los campos y declarar las posiciones para evitar malentendidos. Y aquí también en donde tiene su puesto la especulación filosófica y teológica. Admitir uno de los estadios de este recorrido—en el caso en el que las ciencias experimentales lo hubieran demostrado ya, como opinan algunos, según hemos visto, o lo hicieran la única explicación racional hoy del origen de las cosas y de los vivientes, como quieren otros—no significa su admisión en bloque ni su repulsa en su totalidad. Así, por ejemplo, una cierta evolución cósmica es hoy admitida por todos.

«El estado presente del mundo, escribe Labourdette, no es primitivo, no sólo en cuanto que temporalmente está muy lejos de su origen, sino también en cuanto que en sí mismo es un término, un resultado, cualquiera que sea su porvenir. Este estado actual del mundo fué preparado en un pasado en el que todavía no existía, y se encontraba en un estado de *involución* (...) No nos podemos substraer a la impresión de que la historia del mundo, lejos de ser una duración horizontal de las cosas, tal como fueron desde el principio, es más bien una explicitación sucesiva en la duración de inmensas virtualidades primitivas» (25). Las modernas teorías físicas de la «Expansión del Universo» nos indican este cambio, que no debe ser despreciable, teniendo en cuenta que la distancia entre las galaxias se duplica, según Edwin E. Hubble, cada 1.300 millones de años, y que el tiempo de la formación del mundo actual se calcula en 10.000.000.000 de años. Este evolucionismo, ciertamente, es admitido por todos (26).

(25) En MANUEL CUERVO, O. P.: *O. c.*, p. 513.

(26) Cf. *Discurso de S. S. Pío XII a los Miembros de la Academia Pontificia de Ciencias*, 30-IX-1941.

Otro estadio del evolucionismo es el de los vivientes inferiores al hombre. Si en ellos la evolución no ha tenido lugar, tampoco ha existido en el hombre. Pero si en ellos fué un hecho, entonces el problema se plantea también respecto del hombre. Y si en ellos ascendió por diversos troncos o *phyla*, cabe la posibilidad de que todos hubieran florecido también en el hombre—poligenismo—o que lo hiciera uno solo—monogenismo—, aunque lo más natural sería que lo hicieran todos. La prueba de la evolución en los primeros no es una demostración de que haya existido en el segundo, pues el hombre no es sólo organismo viviente, sino *un* organismo viviente especial, debido a su parte espiritual. Si por su parte somática el hombre se conecta con los seres inferiores, por su parte espiritual forma una categoría aparte; y por eso, aun en el caso de que la evolución estuviera demostrada en los vivientes inferiores, no por ello sería una demostración respecto del hombre. Por lo cual podemos fácilmente prescindir del estado de la evolución por lo que se refiere a los vivientes inferiores al hombre, terreno en el que los evolucionistas pretenden haber llegado a conclusiones más ciertas, hasta haber enlazado los peces y anfibios y los reptiles y mamíferos. Y por lo mismo no podemos suscribir sin reservas estas palabras de Teilhard de Chardin: «La historia natural del hombre es un caso particular de la historia de otras formas animales (...). Toda nueva luz proyectada sobre el desarrollo general de la vida aclara, positivamente, con sus reflejos, los oscuros cimientos biológicos de nuestra raza» (27).

Sabemos, sin embargo, que el hombre, por su cuerpo y características fisiomorfológicas, se clasifica sistemáticamente en el reino animal, al igual que los antropoides, que pertenecen al tipo de los cordados, a la clase de los mamíferos, al orden de los primates. Que sus diferencias con los antropoides, desde un punto de vista estrictamente biológico—abstracción hecha de sus facultades mentales—comienzan en la familia, siendo la del hombre la de los homínidos, mientras que la antroipoidea es la de los antropoides. Ambos, sin embargo, entran en el orden de los primates.

Pues bien, decíamos antes que una demostración científica del hecho de la evolución en los vivientes inferiores plantearía—y no demostraría—el problema de la transformación en el hombre. ¿Por

(27) *La aparición del hombre*, p. 51.

qué? Por su misma vinculación en la sistemática natural. En efecto, si ha existido verdadera transformación en el reino animal, ¿por qué se ha de excluir al hombre en lo que conviene con el animal? ¿Son tan grandes las exigencias de su psique que impidan toda vinculación de su cuerpo a un viviente inferior? ¿Es que su espíritu es—valga la expresión—tan espiritual que impide toda comunicación, toda inserción en la materia? Si así fuera tendríamos un espíritu puro, desvinculado del ser material, y llegaríamos a una mutua exclusión o paralelismo, como sucede en Descartes o Leibniz.

Por el contrario, es tesis común en la Escuela la unidad sustancial de alma y cuerpo, aquélla como forma, éste como materia; no son dos seres que existen juntos, sino complementariamente, dos seres unidos en el único ser sustancial y esencial que es el hombre. Unión ontológica, antes que dinámica, ya que ésta supone aquélla. Y, por consiguiente, si ambos elementos guardan entre sí esta correlación sustancial, la formación del uno no puede pensarse con total independencia de la del otro. Esto no quiere decir, claro está, que uno sea causa de la formación del otro, sino que la del uno condiciona la formación del otro, pues ambos están destinados a unirse en un solo ser. Tampoco significa la negación de la esencial irreductibilidad entre el espíritu y la materia. Son simplemente deducciones de una tesis admitida por todos, y enseñada particularmente por Santo Tomás, la de la unión sustancial de alma y cuerpo. Aún más—y nos movemos en el terreno de la pura especulación y de la posibilidad—significaría que si la evolución hubiera tenido lugar respecto de los seres inferiores, como aseguraron los sabios reunidos en el *Symposium* de París en 1947, borrándose las barreras entre los peces y los anfibios, entre éstos y los reptiles, entre éstos y los mamíferos por verdadera transformación filogenésica, habría lugar a plantear el posible influjo, o mejor la posible causalidad que los vivientes inferiores hayan podido ejercer en la aparición del cuerpo humano directamente, e indirectamente en la creación del alma.

Jaime Echarri ha expuesto amplia y penetrantemente estos puntos de vista. De él son estas palabras: «La distinción superior del espíritu sobre la materia organizada excluye de una manera absoluta cualquier origen causal del primero a partir del organismo. Pero, por otra parte, su afinidad natural con la materia organizada (...) persuade que su origen, en un orden de naturaleza y fuera de milagro, no puede ser totalmente fuera de las condiciones de la materia orga-

nizada. (De hecho vemos que eso es lo que realmente sucede cuando se trata del origen segundo del hombre. En cada hombre que actualmente viene a este mundo, el origen de su espíritu—cierto que por creación—está, con todo, ligado naturalmente a un proceso orgánico. ¿Hay motivo positivo para hacer una excepción a favor (...) del primer origen?)» (28).

Con esto, naturalmente no se habría resuelto el problema de la filogénesis del hombre; pero sí habría lugar a su planteamiento en un orden natural de evolución. Y, aunque nosotros no lo hiciéramos, sabemos que otros, los evolucionistas—que hoy, en día son mayoría aplastante—, lo han hecho, y pretenden haber llegado a conclusiones fuera de toda duda razonable, como vimos al principio.

Pero entiéndase que no se trata de una mera colaboración pasiva, sino de una participación activa por parte del inferior, en la formación del superior, llegue o no a la especie en que éste se encuentra. «No es necesario pensar precisamente en una conexión biológica estrictamente causal. Menos en una causalidad exclusiva y suficiente por parte del inferior, y menos aún en una causalidad de tipo estrictamente parental, es decir, en lo que ordinaria y positivamente llamamos generación» (29). Pero lo que sí es preciso pensar es en la posible causalidad, de cualquier tipo que sea, que los inferiores hayan tenido en la formación del hombre. Se trata de una simple posibilidad, no de su demostración, del hecho. Y su afirmación no compete a la filosofía, sino a la ciencia positiva. Esta responde afirmativamente. Ya veremos si sus motivos son suficientes, respondiendo así a la pregunta que ha encabezado estas líneas. Y, repetimos una vez más, que no se trata de una causalidad total, exclusiva, del inferior en el superior, y más cuando se trata del hombre, sino de la posibilidad de que el inferior concorra positivamente, incluso en el caso del hombre, a la formación del mismo. Y esa posibilidad, por lo que dejamos dicho, no está totalmente descartada, sino que desde un punto de vista natural se manifiesta simplemente como posible. Es el hecho lo que ahora está en cuestión, no el modo ni su explicación. La ciencia de hoy afirma el hecho, aduce sus argumentos y ha intentado, desde sus comienzos, la explicación. Si en lo primero se ha mantenido constante, a partir de Darwin, respecto de lo segundo ha ido acumulando datos, y cambiando constantemente respecto del tercer elemento.

(28) *La evolución y el origen natural del hombre*, p. 412.

(29) *Id. ib.*, p. 418.

Dejando a un lado (la cuestión sentimental) de si es más noble y digno del hombre el elevarse desde el animal, o venir directamente de Dios; de ser el último ensayo zoológico, o la corona puesta por Dios a la creación, vamos a sintetizar brevemente, antes de exponer los hechos en los que los partidarios de la teoría de la descendencia fundan sus aseveraciones, lo que la fe y la razón nos dicen respecto del primer origen del hombre.

Para lo primero recogeremos lo que los peritos en la materia nos enseñan sobre el contenido doctrinal de los dos lugares de la Escritura en que particularmente se habla de la formación del primer hombre; y, sobre todo, lo que el Magisterio Eclesiástico ha enseñado por S. S. Pío XII en dos lugares principalmente: en la Alocución a los Miembros de la Academia Pontificia de Ciencias del 22-XI-1941 y en la *Humani Generis* del 12-VIII-1950.

Según los PP. Maximiliano G. Cordero, O. P. y el P. M. Flick, S. J., un evolucionismo moderado, relativo al cuerpo, no estaría excluido en la Escritura respecto del origen del primer hombre. He aquí las palabras del primero: «Los textos del Génesis no se oponen ni patrocinan la concepción evolucionista del *cuerpo* humano. Esta es una cuestión meramente *científica* y, por tanto, al margen de la Biblia (...). Luego resulta impropio buscar en las páginas bíblicas razones a favor o en contra del transformismo, siempre que se trate sólo del origen del cuerpo humano» (30). A su vez el P. Flick afirma lo siguiente: «Con todo lo que he dicho no intento de hecho probar que el evolucionismo antropológico, entendido en los restringidos límites en que no repugna a la razón, haya de admitirse; ni que sea solamente probable desde el punto de vista de la filosofía o de la teología. *Me parece simplemente que, si afirma solamente una cierta conexión física, entre el cuerpo del primer hombre y las especies de vivientes inferiores, es posible a la luz de la razón y no se puede decir con certeza excluido por las fuentes de la revelación (...).* Se impone un comportamiento de prudente reserva» (31).

Luego según estos autores no se puede decir que la Biblia excluya la participación—se entiende activa—de un viviente inferior en la for-

(30) MAXIMILIANO G. CORDERO, O. P.: *Evolucionismo, Poligenismo y Exégesis Bíblica*, Separata de *La Ciencia Tomista*, p. 19. En C. T. 78 (1951) 477.

(31) M. FLICK, S. J.: *L'origine del corpo del primo uomo alla luce della filosofia cristiana e della teologia*, *Gregorianum*, 29 (1948) 412.

mación del primer hombre, siempre que esta participación se restrinja al cuerpo del hombre.

Puntualizando más su pensamiento lo condensan en los tres puntos siguientes :

1.º La Sagrada Escritura postula solamente una especial intervención de Dios en la producción del hombre, tanto del cuerpo como del alma.

2.º Que se admita el uso de una materia preexistente, ya que se afirma en la Escritura que Dios lo formó «e limo terrae».

3.º Que se admita que Dios formó solamente un primer hombre (monogenismo).

También el Magisterio Eclesiástico es claro en sus afirmaciones. S. S. Pío XII, en su Alocución a los miembros de la Academia Pontificia de Ciencias, enseña, respecto a este problema, tres cosas, dejando en libertad respecto de los demás :

1.ª La esencial superioridad del hombre respecto a los demás animales, a causa de su alma espiritual.

2.ª La derivación del cuerpo de la primera mujer del primer hombre.

3.ª La imposibilidad de que el hombre pueda ser engendrado por un bruto ; o en otras palabras : la imposibilidad de que padre y progenitor del hombre pueda ser otro distinto del hombre.

En relación a las demás cuestiones relativas al origen del primer hombre, el Papa espera el esclarecimiento de otras ciencias, si bien afirma que hasta ahora nada definitivamente cierto y claro han aportado. Pero de estas palabras no se puede inferir la condenación o exclusión del evolucionismo respecto del origen del hombre, ya que entonces no tendrían sentido estas otras, también del Papa, que siguen inmediatamente a aquéllas de las que hemos deducido las tres afirmaciones precedentes : «Las múltiples investigaciones, sea de la paleontología, sea de la biología o de la morfología sobre otros problemas relativos al origen del hombre no han aportado hasta ahora nada positivamente claro y cierto» (32). Entre estos otros problemas está sin duda el del origen del primer hombre, pues a él se refieren las ciencias aludidas por el Papa.

(32) *Discurso de S. S. Pío XII a los Miembros de la Academia Pontificia de Ciencias*, A. A. S. 33 (1941) 506.

La misma doctrina se encuentra en la carta que el secretario de la Comisión Bíblica dirigió al Cardenal-Arzobispo de París en 1948. No se excluye la evolución siempre que se limite al cuerpo del hombre, y en este sentido preciso: no que un bruto engendre el cuerpo del hombre por sí mismo, sino que pueda preparar la materia para que Dios, infundiendo el alma, la haga ser propiamente cuerpo humano, ya que el cuerpo es precisamente humano en cuanto está informado por el alma (33).

Lo mismo vuelve a enseñar en la Encíclica *Humani Generis*. He aquí sus palabras: «Réstanos decir algo acerca de algunas cuestiones que, aunque pertenezcan a las disciplinas que suelen llamarse «positivas», sin embargo se entrelazan más o menos con las verdades de la fe cristiana». Entre tales disciplinas uno de los problemas planteados es el del origen del primer hombre. Pues bien, respecto de él se enseña lo siguiente: «El Magisterio de la Iglesia no prohíbe que en investigaciones y disputas entre los hombres doctos de entrambos campos se trate de la doctrina del «evolucionismo», en cuanto al origen del cuerpo humano, de una materia viva preexistente (pues la fe católica nos obliga a retener que las almas humanas son creadas inmediatamente por Dios), según el estado actual de las ciencias humanas y de la sagrada Teología, de modo que las razones de una y otra opinión, es decir, de los que defienden o impugnan tal doctrina, sean sopesadas y juzgadas con la debida gravedad, con tal de que todos estén dispuestos a obedecer al dictamen de la Iglesia» (34).

Teóricamente, pues, se puede discutir la doctrina evolucionista del origen zoológico del cuerpo humano—*humani corporis originem inquiri ex iam existente et vivente materia*—, o lo que es lo mismo, se la admite como una posibilidad, mientras el Magisterio Eclesiástico no determine lo contrario.

Permítasenos señalar lo que el mismo Magisterio enseña acerca de otra hipótesis, relativa también al origen del cuerpo humano, pero respecto de su origen polifilético: Mas, tratándose de otra hipótesis, es a saber, del llamado «poligenismo», los hijos de la Iglesia no gozan de la misma libertad, pues los fieles cristianos no pueden abrazar la teoría de que después de Adán hubo en la tierra verdaderos hombres no procedentes del mismo protoparente por natural generación, o bien

(33) Cf. A. A. S. 40 (1948) 46.

(34) Enc. *Humani Generis*, A. A. S. 42 (1950) 475-476.

que Adán significa cierta pluralidad de protoparentes; ya que no se ve claro...» (35). (Queda al margen otra cuestión, debatida en teología y en ciencias, la de los preadamitas; al menos por lo que a este documento se refiere).

Luego podemos deducir, al menos lo siguiente: los hijos de la Iglesia gozan de libertad para estudiar o defender la descendencia del cuerpo del primer hombre, de vivientes inferiores, siempre que se haga con la debida moderación y cautela, y se esté dispuesto a someterse al juicio definitivo del Magisterio, en caso de que un día determinara lo contrario, de una materia preexistente y viva; o lo que es lo mismo, su conexión material con los vivientes inferiores.

Y dicho esto volvamos al campo filosófico del que por unos momentos nos habíamos alejado.

Anteriormente habíamos hablado de la posible vinculación somática del hombre con los vivientes inferiores, ya que las exigencias de su espíritu no parecían ser tales que impidieran toda comunicación con el mundo infrarracional por su parte corporal. ¿Por qué esta limitación a la parte somática y no extenderla también al espíritu? Por lo que hemos recogido del Magisterio Eclesiástico sabemos que el católico no puede extender tal vinculación o derivación: «*Animas enim a Deo immediate creari*, enseñaba Pío XII, *catholica fides nos retinere iubet*). Nos exige la fe retener que las almas humanas—todas las almas humanas—son inmediatamente creadas por Dios. ¿Sólo la fe? La fe sí; pero también la filosofía. «Un alma intrínseca y esencialmente espiritual, escribe el P. Ramírez, en su reciente controversia con Laín Entralgo y Aranguren, exige necesariamente ser creada por Dios. Por eso es una verdad que se pueda descubrir y admitir por esa vía de la razón, sin tener que afrontar necesariamente la prueba del escándalo de la Cruz» (36). Y de hecho Santo Tomás lo demuestra apodícticamente en la I, 90, 2, encontrando la razón de la necesidad de su creación inmediata por Dios en su intrínseca espiritualidad. Condensando el pensamiento tomista expuesto en este artículo, podemos expresarlo ceñidamente en los siguientes términos: El hacerse de una cosa es el camino hacia su ser. Por lo mismo, tal como es el ser de la cosa, así será su hacerse. Ahora bien, el ser del alma hu-

(35) *Ib.* p. 576.

(36) SANTIAGO RAMÍREZ, O. P.: *¿Un orteguismo católico?*, p. 53, Salamanca, 1958.

mana es intrínsecamente independiente de la materia. Luego también su hacerse. Pero hacer una cosa con independencia intrínseca de la materia es crearla. Luego el alma humana debe ser creada. Santo Tomás apura todavía más su argumentación. No sólo no puede ser producida más que por creación, sino que además ha de serlo inmediatamente por Dios, pues el poder creador no puede ser comunicado a una creatura de la que Dios se sirviera como de instrumento, ya que el acto de creación, al no suponer una materia preexistente, hace imposible la acción del instrumento, necesaria para que éste obre como tal (37). Por eso, con toda razón concluye Santo Tomás: *Necesse est dicere quod non fiat nisi per creationem*» (38).

Anteriormente, y desde un punto de vista especulativo, dejábamos una puerta abierta a la posible participación de un ser viviente inferior en la formación del cuerpo del hombre, y también en la del primer hombre. Excluida ahora teológica y filosóficamente su colaboración en la creación del alma, convendría precisar cómo y en qué medida podría admitirse tal posibilidad. Pero matizarlo aquí sería rebasar los límites de este apartado, en que sólo hemos querido determinar el alcance o límites de la evolución en la posible descendencia del hombre a partir de seres inferiores. Que nadie piense ya en cerrar esa posibilidad, esa puerta abierta, arguyendo con el principio de causalidad. Si los partidarios de la filogénesis animal humana demostraran con hechos la ascendencia del hombre de un viviente inferior, sería absurdo seguir oponiendo una dificultad basada en principios de razón. Y podrían contestar, además de con los hechos, alegando otro principio igualmente admitido por la Escuela: *de facto ad posse valet illatio*. Si el hecho se evidenciara—y pretenden haberlo demostrado, como hemos visto—ya no sería cuestión de discutir su posibilidad, sino de buscar su explicación y de solucionar su antinomia con los principios de la razón.

Lo que sí cabe preguntar es lo siguiente: ¿Ha sido realmente demostrado? ¿O es más bien una teoría, un posible modo de ver y de explicar el origen del mundo y de la vida? Antes de responder a este interrogante es preciso analizar, aunque sea someramente, los fundamentos en que se apoyan, su validez, hasta dónde llega su fuerza

(37) I, 90, 2.

(38) *Ib.* a. 1.

probativa. ¿Existen tales fundamentos? Los evolucionistas no se han quedado contos en recoger estos puntos de apoyo. Día tras día, desde que Lamarck y Darwin esbozaron la teoría, se han ido acumulando hechos e interpretaciones. Es más. Esta labor no ha terminado todavía. Cada descubrimiento paleontológico, cada investigación en el campo de la genética, serían nuevas aportaciones y confirmaciones de la teoría. Por eso, para dar una visión sintética de la teoría, es necesario que recojamos ahora esas confirmaciones, esos hechos, y veamos si hablan en realidad el lenguaje de la evolución o ésta es simplemente una interpretación. Y nos detendremos únicamente en los fundamentos más en boga hoy en día, cuales son los fisiomorfológicos y paleoantropológicos, pasando un poco por encima sobre los demás.

III.—FUNDAMENTOS FISIOMORFOLOGICOS DE LA EVOLUCION

Conviene advertir que los hechos que ahora vamos a señalar no tienen el mismo alcance para todos. Como hechos son o pueden ser conocidos de todos. Por sí mismos no hablan el lenguaje de la evolución, ni son tampoco la evolución. Esta es una teoría, forjada sobre ellos, para su explicación. Por eso mismo pueden ser interpretados tan diversamente, como se ha hecho, hasta el punto de contarse más de 25 teorías de la evolución (39), o mejor de líneas filogenéticas que terminan en el hombre. Todo esto, si algo prueba, es precisamente la dificultad de interpretar los datos que las ciencias biológicas y antropológicas aportan cada día. Y esto, claro está, prescindiendo de los principios o causas en que luego se basa la misma evolución; punto sobre el cual reina la misma diversidad de opiniones.

A pesar de todo esto, podemos presentar como tendencia predominante la que coloca el origen del hombre en algún animal superior, bien sea un simio actual o fósil, o en algún prosimio, del cual derivarían, en direcciones divergentes, el mono y el hombre. De ahí que al buscar los posibles ascendientes del hombre, todos los investigadores tomen como punto de partida un animal superior; y en particular, alguno de la familia de los antropoides, buscando su parentesco con otros vivientes inferiores, hasta el primer o primeros seres unicelu-

(39) Cf. ALEJANDRO ROLDAN, S. J.: *La evolución* p. 196 y nota 32, Barcelona, 1950.

lares, de los que luego se habrían derivado todos. Esta idea se encuentra subyacente en todos los estudios, sean monográficos o de divulgación. Ulteriores limitaciones al paso de una especie a otra, en una época determinada, son recortes que en nada enturbian la corriente general de la descendencia común de vivientes inferiores, hasta llegar a los monocelulares o a la misma materia bruta, de la que un día brotara la vida.

Un primer fundamento es el de las semejanzas fisiomorfológicas. Al exponer este argumento nos encontramos con una dificultad. La semejanza dice orden a otro con el que el ser semejante, en este caso el hombre, se compara. ¿Cuál es este término de comparación? ¿El mono actual, el fósil, los antropoides o algún antecesor del hombre y del mono? En el siglo pasado la comparación se estableció, al menos algunas veces, con el mono actual; hoy casi nadie la admite. Por grandes que sean las semejanzas, no son menores las divergencias. Si unas apuntan unidad filética, las otras demuestran lo contrario. Posteriormente y vistas las irreductibles diferencias que impiden el paso del simio actual al hombre, se ha buscado su parentesco con el fósil. Pero también aquí se tropieza con la misma dificultad. La paleontología, a través de los restos que nos ha presentado, declara también imposible ese tránsito por la misma razón, aportando otra de tipo cronológico: la coexistencia en numerosos casos o al menos la imposibilidad de determinar lo contrario, de aquel supuesto antepasado del hombre, con el hombre fósil primitivo. Primitivo, sí, pero hombre al fin y al cabo, como lo demuestran los restos de cultura que junto con él se han encontrado: instrumentos líticos, fuego, magia o cultos fúnebres, etc. ¿Con qué animal, pues, hemos de compararlo? Ante estas dificultades la opinión común es que debe ser relacionado con el grupo de los antropoides primitivos, fósiles, de los cuales derivarían el hombre y el mono como ramas divergentes de un mismo tronco. Pero ¿quiénes son esos antropoides en la fauna zoológica? Seres infraprimáticos, se nos dice. ¿Cuáles? Esto ya es más difícil precisarlo.

No obstante, y como quiera que la mayoría de los antropólogos modernos los comparan con los antropoides, así lo haremos también nosotros, indicando a continuación su posible origen infraprimático.

En una clasificación sistemática el hombre, por su organismo, como hemos dicho anteriormente, se clasifica con los antropoides en

el tipo de cordados, subtipo de vertebrados, clase de mamíferos, orden de los primates. Entre sí presentan las siguientes afinidades fisiomorfológicas :

Semejanzas en los apartados digestivo, circulatorio y respiratorio ; el mismo sistema óseo y muscular ; la misma constitución de las papilas linguales ; parecido sistema nervioso ; grupos sanguíneos similares, hasta el punto de hacer posibles las transfusiones ; vida sexual permanente ; ciclo menstrual y casi idéntica duración en la gestación, etc.

Junto a estas semejanzas abundan también las diferencias : El hombre posee una constitución morfológica apta para la estación vertical, mientras que la del antropoide está adaptada para una marcha semicurvilínea ; la mano del hombre posee una forma generalizada que le capacita para todos los fines ; la mano del simio es más especializada y para usos más restringidos, según las diversas especies ; el pie del hombre se halla dispuesto para caminar erecto, mientras el del simio es más bien un pie-garra que le sirve para trepar.

Más notables diferencias se observan en la constitución del sistema nervioso y, sobre todo, respecto de la configuración del cráneo y de su capacidad (40).

¿Qué prueban estas semejanzas? Nada, según confesión de los propios evolucionistas. A pesar de ellas nadie cree hoy en la descendencia del hombre a partir del simio actual tan diferente de él. Oigamos las terminantes palabras de dos de los más convencidos evolucionistas : Emilio Boule : «¿Será todavía útil el hacer observar que la idea de una relación genealógica entre el hombre y los monos actuales fué abandonada ya hace mucho, si es que alguna vez la tuvieron los verdaderos transformistas» (41). A su vez Schwalbe escribe lo siguiente : «Sobre que las formas actualmente vivientes de los antropoides no pertenecen a la línea genealógica del hombre, sino que, partiendo de un origen común se han diferenciado unilateralmente en diversas direcciones, hay unanimidad completa desde Haeckel» (42). Por lo cual ha podido escribir Bernard Heuvelmans : «La opinión clásica, según la cual el hombre desciende del mono, no es

(40) V. MARCOZZI, S. J.: *Poligenesi ed evoluzione nelle origine dell'uomo*, Greg. 29 (1948) 377-378. Más ampliamente en V. ANDERÉZ: *Hacia el origen del hombre*, op. 198 ss., Universidad Pontificia de Comillas (Santander), 1956.

(41) En V. ANDERÉZ: *Hacia el origen del hombre*, p. 193.

(42) *Ib.*

defendible en el estado actual de nuestros conocimientos. Desde hace ya tiempo los anatomistas, médicos, embriólogos y zoólogos, han descubierto en el hombre tantos caracteres primitivos, con relación a los otros primates y *aún a todos los mamíferos*, que parece que su origen debe ser trasladado hasta el mismo origen de esta clase» (43).

Pero ¿cuál es este origen? Aquí una verdadera selva de opiniones. Más de veinte reseña el P. Andérez en su libro *Hacia el origen del hombre*, pp. 193-196. Por lo cual, después de analizados los caracteres comunes en los diversos estadios de hominización y según las distintas teorías propuestas, concluye: «Por lo tanto, a pesar de las semejanzas existentes entre los *Antropomorfos actuales* y el *Hombre*, son tales las *desemejanzas entre ellos por su cantidad, calidad y circunstancias que, dadas las leyes biológicas actuales, no se ve la posibilidad de transición de la forma simiana más humanoide, tal como la presentan los Antropomorfos actuales, a la humanidad más simioide, tal como aparece en los Hombres inferiores conocidos por la Prehistoria*» (44).

No creemos oportuno insistir más en un punto en que tanto zoólogos como antropólogos se hallan de acuerdo en la negativa. «Ni del presente ni del pasado, ha escrito alguien más autorizado, se conoce un naturalista auténtico que, expresamente haya afirmado el origen del Hombre a partir de alguna de las formas simias o prosimias hoy vivientes, no atreviéndose—los que más se acercan a esa afirmación—sino a decir, en vago, que el Hombre proviene del Mono, sin concretar que ese Mono sea uno de los actuales» (45).

La misma conclusión es sostenida por los científicos respecto de otras especies de monos infraantropomorfos. «No hay—escribe humorísticamente Tilney, profesor de Neurología de la Universidad de Columbia (N. Y.)—por qué detenerse entre los Monos, en busca de nuestros progenitores. Estos animales pertenecen a familias enteramente divergentes del Hombre; se hicieron más efectivamente arborícolas, están ya subidos en los árboles, donde, sin duda, permanecerán. Carecen en absoluto de relaciones con el origen del Hombre, siendo inocentes de haber tomado parte en él» (46).

Ahora bien, dado que los mismos evolucionistas más convencidos afirman sin reservas la inderivabilidad del hombre actual del mono o

(43) *Sciences et Avenir*, N.º 84, p. 95, Febrero 1954.

(44) Pp. 226 (El subrayado es del autor).

(45) *Ib.* p. 193.

(46) EN ANDÉREZ: *O. c.*, p. 237.

de algún prosimio actual, cabe dirigir, como se ha hecho, la mirada al pasado y buscar la ascendencia común a ambos en hombres que fueran más pitecoides, o en monos que fueran más antropoides. O dicho en otros términos: si las formas especializadas a que han llegado el hombre y el simio y prosimio actuales hacen imposible toda derivación genética de uno respecto del otro, acaso haya sucedido lo contrario en la prehistoria, cuando el hombre era menos hombre o más mono, y el mono más hombre o menos mono. Acaso las diferencias morfológico-estructurales no fueran entonces tan acentuadas, o tal vez en aquellas remotas edades las ramas no existieran tan diferenciadas, de modo que la superior fuera la floración lenta de la inferior o ambas vinieran de un antecesor común. Con esto se abre una posibilidad nueva, adentrándose en el campo de la paleoantropología.

FUNDAMENTACION PALEOANTROPOLOGIA DE LA DESCENCIA ANIMAL

En efecto, la paleoantropología ha descubierto restos fósiles, tanto de hombres como de simios, que parecen hallarse menos distantes entre sí, y que sugieren, por sus semejanzas estructurales, una posible relación genética. Incluso, confirmando los sueños de Haeckel, se han hallado formas intermedias, de transición, hasta el punto de que el salto del mono al hombre, o mejor del antropoide al hombre, ya no aparece tan imposible. Veamos, pues, qué es lo que nos enseña esta novísima rama del saber, no sin hacer antes dos observaciones:

1.^a Que la supuesta serie genética no ha sido completada aún por los descubrimientos hechos hasta la fecha. El último hallazgo notable, el llamado «homínido» de Baccinello (en Toscana en 1956), el más completo descubierto hasta la fecha, que pertenece a un oreopitheco—un cráneo, miembros, caja torácica y pelvis—, está siendo estudiado por el paleontólogo suizo Hürzeler, profesor de Basilea. En un artículo publicado en 1958, el profesor Hürzeler manifiesta que tales restos ofrecen una mezcla de caracteres humano-simiescos. El estudio definitivo para catalogar estos restos está sin hacer. Y por lo mismo, este remoto «antecesor» humano no puede entrar en nuestra consideración, pues otros restos del mismo, muy incompletos, conocidos hasta ahora, merecen muy diversa significación a los científicos, inclinándose la mayoría a clasificarlos entre los antropoides

actuales, en la familia de los póngidos, a la que pertenecen el orangután, el gorila y el chimpancé (47). Lo que se diga de los restos fósiles de éstos habrá, pues, que decirlo de los de este remoto habitante—algunos le calculan 10.000.000 de años de existencia—de nuestro planeta.

2.^a La segunda observación se refiere a la cronología. Ciento que si los restos fósiles se hallasen en una proporción inversa entre tiempo y perfección, es decir, que a mayor perfección o semejanza con el hombre fósil correspondiera una menor antigüedad, se podría establecer toda una serie sucesiva cronológica en línea ascendente hasta llegar al hombre, aunque faltaran algunos anillos—los *missing links*—para completar la cadena. Este es el sueño de los paleontólogos evolucionistas. Pero hasta la fecha tampoco se ha podido determinar algo cierto sobre el particular. Existen restos fósiles, por ejemplo, de cráneos humanos de tipo actual que parecen ser no sólo contemporáneos, sino incluso anteriores a los más remotos y simiescos ejemplares de la primitiva humanidad. Tales, entre otros, los cráneos de Swascombe y Fontéchevade, los hombres de Canan y Kanjera. Este hombre «actual», existiendo en simultaneidad cronológica con el hombre más primitivo y de rasgos pitecoides, hace conjeturable que su existencia se retrotraiga a períodos más remotos, por una parte; a la vez que dificulta, por otra, la conexión directa del hombre más antiguo y simiesco con los antropoides del mismo período cronológico. Por lo cual muchos investigadores ven en esos hombres pitecoides pruebas no de una evolución ascendente, sino indicios de razas degeneradas, tal por ejemplo la de Neandertal.

Hechas estas observaciones, cabe preguntarse: ¿Existen realmente esas formas intermedias entre el hombre primitivo y los más remotos fósiles de primates? Para responder a esta pregunta conviene

(47) Cf. V. MARCOZZI, S. : *L'hominide de Baccinello et les origines de l'homme*, Greg. 40 (1959) 121-123 especialmente. Véase lo que a propósito de este oreopitheco escribe M. Crusafont Pairo: «Nuestro parentesco con los Antropomorfos se desvanece. La línea homínida se halla enraizada hasta unas profundidades temporales sorprendentes y parece que para la preparación del cuerpo humano se siguió un camino absolutamente original y propio. No descendemos de un mono si no (*sic*) de un Primate, un animal que presenta ya en su anatomía curiosos caracteres propios de nuestra estirpe.

Este enfoque parece disgustar a los materialistas que se resisten a aceptarlo, pues la cuestión viene a reforzar de manera muy sólida el finalismo de la evolución». En *Revista*, año VIII, N.º 369, p. 6 (9-V-1959): «Entrevista con el «Oreopiteco» en Basilea».

señalar cuáles son las formas humanas tenidas como más antiguas y cuáles las formas simiescas presentadas como formas de transición.

Los restos fósiles de tipos humanos con caracteres más primitivos o incluso pitecoides son el Pitecántropo, el Sinántropo, el Africántropo, el Atlántropo, el hombre de Mauer, el de Solo, el de Neandertal, el de Rhodesia, etc., pertenecientes al paleolítico inferior y medio. En cambio los de Grimaldi, Cro-Magnon, Combe-Chapelle, Chancelade, etc., pertenecientes al paleolítico superior, presentan las características del hombre actual, lo mismo que los de Swascombe, Fontéchevade, Del Olmo, etc., pertenecientes al paleolítico inferior y medio (48). Por otro lado, las formas simiescas fósiles más semejantes al hombre son el *Australopithecus*, el *Plesianthropus*, el *Paranthropus*, el *Telanthropus*, etc. (49). Dejando a un lado la descripción de cada uno de estos restos fósiles (50) nos limitaremos a recoger las observaciones que nos permitan responder a la pregunta antes formulada, y las conclusiones a que han llegado quienes los estudiaron detenidamente en orden a su significación antropológica.

1.º Existen ciertamente esas semejanzas morfológicas tan ávidamente buscadas. Así en el *Sinanthropus*, «de 131 caracteres estudiados por nosotros, escribe Marcozzi, el 50 % serían entre primitivos e intermedios (entre los de los antropoides y los del hombre), el 36 % humanos, el 10 % pitecoides, y el 4 % propios de este primate» (51). A pesar de esta mezcla de caracteres, quizá no tan exacta como aparece en la estadística, nadie piensa hoy—pasadas las primeras manifestaciones eufóricas—en negar categoría humana al *Sinanthropus* por todo un conjunto de caracteres anatómico-morfológicos, que lo incorporan a la especie humana.

Sabido es que los dos criterios para decidir científicamente la naturaleza humana o simiesca de un primate fósil son: sus caracteres anatómicos y los indicios de actividades psíquicas superiores, o su carencia, propias del hombre. Pues bien, por ambos criterios se le

(48) PEDRO LEONARDI: *La evolución biológica*, p. 231, Madrid, 1957.

(49) Una enumeración completa de primates o precursores de primates puede verse en V. Andérez, o. c., pp. 242-245, en la que, divididos en tres categorías, presenta setenta y cuatro grupos distintos.

(50) Véase más extensamente en la tantas veces citada obra del P. Andérez *Hacia el origen del hombre*, pp. 245-295.

(51) V. MARCOZZI: *Il Sinanthropus Pekinensis* D. Black. *Osservazioni antropológicas*. *Atti del Reale Istituto Veneto di Scienza*, 1944-1945, p. 608.

debe considerar de la especie humana. Así lo hace, y muy recientemente, Marcozzi cuando escribe: «El *Sinanthropo*, denominado Hombre de Pekín, el hombre de Mauér, así como el Atlántropo, recientemente descubierto en Africa del Norte, son ciertamente hombres auténticos, y son contemporáneos de los Australopitecos. Incluso, tal vez, son anteriores» (52).

Son humanos ciertamente por su morfología—a pesar de sus rasgos teroides—: estación totalmente vertical, forma de la mandíbula, desarrollo de la circunvolución de Broca o centro del lenguaje y sobre todo por la capacidad craneal. Oscila entre 950 cc. como mínima y 1200 cc. como máxima, cifras que corresponden todavía a la mínima humana y se acercan a la media del hombre actual.

También el segundo criterio manifiesta su categoría humana: el uso del fuego, restos culinarios y los instrumentos o artefactos líticos, de asta y de hueso, para no hablar del culto funerario tan discutido, revelan el ejercicio de facultades psíquicas superiores. Del mismo parecer es el paleontólogo P. Leonardi (53). Sus caracteres pitecoides serían debidos a degeneración o regresión biológica, como lo atestiguaría el hecho de haberse extinguido rápidamente, al igual que sucede con todas las razas degeneradas. En consecuencia, no puede conceptuarse como un ser intermedio, como lo habían considerado algunos investigadores a raíz de su descubrimiento.

Con el *Sinanthropus* acaparó la atención otro primate fósil descubierto poco antes por Dubois y preanunciado por Haeckel como anillo intermedio, el *Pithecanthropus erectus* de Trinil (Java). Sus caracteres humano-simiescos, la falta total de manifestaciones psíquicas han hecho de él un punto de controversia. Su clasificación, sin embargo, permanece hoy tan incierta como cuanto se descubrió. La imperfección de los restos encontrados, su deformación, la imposibilidad de atribuirlos todos a un solo individuo, han hecho que cada autor se pronuncie sobre él de acuerdo con sus propias concepciones. Lo que estudian el fémur lo hacen decididamente hombre; los que consideran el cráneo, un simio o un homínido; los que los atribuyen a un solo individuo lo tienen por un ser intermedio. He aquí lo que en 1929 escribía G. Sergi: «En todo esto veo yo una exageración que deforma la naturaleza real de los hechos. Si el *Pithecanthropus* no es un ser

(52) V. MARCOZZI: *L'homínide de Baccinello et les origines de l'homme*, Greg. 40 (1959) 120-121.

(53) *La evolución biológica*, pp. 206-207.

intermedio al antropoide y al hombre, si no puede ser colocado en la familia humana como un nuevo género, según Dubois, no es sino un antropoide al que todas las conjeturas ingeniosas no pueden transformar en tipo humano ni aproximarle a él. Para nosotros no es sino una nueva y diferente rama del tipo antropoideo, que tiene un volumen craneal y, por tanto, un cerebro más grande que cualquier otro antropoide, pero con todos los caracteres de tal, como bien esmeradamente ha demostrado Dubois» (54).

Por eso, aun los que escriben en una hipótesis de trabajo evolucionista le niegan carácter de antecesor humano. Así V. Andérez: «El *Pithecanthropus* conocido hasta ahora *no fué el tronco generador del hombre, sino una rama proveniente* o del tronco de éste, con posterior evolución divergente, o de otro tronco diverso, no humano, con posterior evolución convergente hacia la forma humana, sin alcanzarla en lo esencial» (55). Del mismo parecer son Hugo Obermayer y también Teilhard de Chardin: «No es el eslabón perdido entre el hombre y el mono, sino *un* eslabón perdido, y muestra qué cerca de la descendencia humana está la descendencia de los antropoides». Palabras que comenta Teilhard de Chardin: «Aquí, está claro, «eslabón perdido» no significa «antepasado», sino tipo intermedio, acercamiento entre los géneros de una misma familia morfológica» (56). Luego tampoco este primate constituye el ser intermedio, científicamente demostrado, que se buscaba. Al menos, pues, habrá que buscar nuevos datos para su definitiva clasificación.

Algo semejante habría de decirse de los demás restos fósiles descubiertos en Java. Lo mismo que del hombre de Solo y de Rhodesia que muchos investigadores clasifican entre los específicamente humanos. En tal caso, como apunta muy bien el P. Andérez, habría de decirse que se trata de razas muy primitivas que no preparan al hombre, sino que por regresión y degeneración caminan a la extinción total, como en efecto ha sucedido (57).

De los simios fósiles semejantes morfológicamente al hombre, tales como el *Australopithecus*, el *Plesianthropus*, el *Paranthropus*, el

(54) G. SERGI: *Il posto dell'uomo nella natura*, pp. 91-92, Torino, Bocca, 1929.

(55) V. ANDÉREZ: *Hacia el origen del hombre*, p. 160. (El subrayado es del autor).

(56) *La aparición del hombre*, p. 31, nota 1.

(57) *Hacia el origen del hombre*, p. 161.

Telanthropus, etc., ¿qué es lo que hoy se puede afirmar? Limitémonos a recoger la conclusión a que han llegado los cultivadores de la paleoantropología: «Creemos, escribe Leonardi, que es necesario esperar hallazgos más completos para poder resolver una cuestión de tanta importancia. Por ahora sólo podemos afirmar que, en conjunto, los Australopithecus presentan caracteres humanos en número tal, que no es posible incluirlos entre los antropomorfos, mientras que, por otra parte, presentan demasiados caracteres típicamente simiescos para que puedan juntarse con los Homínidos (...). Ciertos caracteres particulares (...) indican una especialización demasiado avanzada en sentido *no humano* (subraya el autor) para que pueda pensarse en ellos —al menos, con respecto a las formas actualmente conocidas— como en los antepasados directos de los homínidos» (58). Y si no de los homínidos, añadimos nosotros, mucho menos de los hombres.

Otro tanto se ha de afirmar respecto de un conjunto de restos fósiles—en total varios molares y premolares gigantesco, de doble y hasta séxtuplo tamaño de los del hombre, tres fragmentos de mandíbula y un cráneo incompleto—de naturaleza incierta, denominados grupo de los *Megantropidos*. Tales son el Gigantropiteco—*Giganthropithecus Black*—, el Megántropo—*Meganthropus paleoiavanicus*—y el Pitecántropo robusto—*Pithecanthropus robustus*—, descubiertos en Hong-Kong y Sangirán (Java), en el mismo nivel de los de Trinil (los dos últimos del Pleistoceno antiguo). A pesar de lo incompleto de sus restos no han faltado intentos de colocarlos entre los homínidos, trazando incluso su línea genealógica, a través de diversas explosiones vitales del modo siguiente: *Giganthropithecus-Meganthropithecus-Pithecanthropus erectus-Homo soloensis-Homo australianus*, según Weidenreich; o *Sinanthropus-Pithecanthropus erectus-Pithecanthropus robustus-Meganthropus-Giganthropithecus*, según V. Vallois. Cualquiera de las series que se considere, tropezamos con la dificultad insuperable de su contemporaneidad. Todos pertenecen al mismo período cronológico; y si todos existen simultáneamente, no se ve cómo una forma pueda dar lugar a la otra, siendo así que, según confesión de los evolucionistas, el tiempo es un factor decisivo para hacer posible el salto de una especie a otra. Sólo sería factible mediante una explosión brusca, según el tipo de las descritas por De Vries. Ahora

(58) *La evolución biológica*, pp. 201-202.

bien, estas macromutaciones, hoy y para el tiempo actual, nadie las admite, ya que lo único que se ha conseguido experimentalmente son micromutaciones, y casi siempre de tipo degenerativo (59). Y si bien es cierto que algunos las admiten para el pasado, no debe olvidarse que esos mismos exigen un tiempo suficiente, cifrado en miles o cientos de miles de años para la fijación de los caracteres, antes de una nueva mutación.

2.º. ¿Qué se ha de pensar de su significación antropológica? Si su semejanza estructural coloca a muchos de estos primates muy próximos morfológicamente al hombre primitivo, nadie, sin embargo, se ha aventurado a señalar a alguno de ellos en concreto, como el progenitor de la humanidad. «Actualmente, escribe Mc. Gregor, decidido evolucionista, no hay un solo fósil de Primate que pueda ser decididamente identificado como ascendiente directo del hombre». Por su parte, el P. Andérez, que juzga «verosímil» la idea de la evolución, aplicada al cuerpo del hombre, afirma: «Ni siquiera indecisamente se puede dar por ascendiente directo del hombre a ninguno de los simios fósiles hoy conocidos; más aún (...), decididamente, ni siquiera como ascendiente indirecto, sino a lo sumo como más o menos verosímil o científicamente posible» (60). Y otro investigador notable, P. Leonard, escribe lo siguiente: «Hay que reconocer (...) en aras de la objetividad, que hasta ahora no se ha *demostrado* científicamente tal derivación, porque si de la afirmación general de la analogía morfológica entre homínidos y antropoides pasamos a la búsqueda de una forma determinada de mono antropomorfo o de otro Primate viviente o fósil con el que se pudiera relacionar directamente la genealogía de las formas humanas, aun de las más inferiores, las dificultades que encontramos son enormes. En efecto, cualquier forma conocida de Antropomorfo o Australopitécino presenta, junto a una gran semejanza con el hombre, e incluso algún carácter humanoide, otras particularidades morfológicas especiales que no permiten colocarle directamente en la posible línea genealógica ascendiente humana. Queda, por tanto, aún desconocido el eventual antecesor directo del hombre» (61).

3.º En tercer lugar, hemos de observar especialmente lo que ya indicábamos al hablar de los Megantrópidos: una dificultad nacida

(59) Cf. H. NILSON: Art. cit., pp. 206-207.

(60) *Hacia el origen del hombre*, p. 313.

(61) *La evolución biológica*, p. 246.

de la simultaneidad cronológica. Si bien es cierto que entre estos Primates fósiles y algunos hombres primitivos se dan grandes afinidades morfológicas y hasta en algunos de ellos se encuentran como reunidos diversos caracteres humanos y simiescos que dificultan su clasificación sistemática, no lo es menos que en esos mismos estratos geológicos se han encontrado restos fósiles que presentan las características del hombre actual. Así los de Swascombe y Fontéchevade. Esta simultaneidad cronológica está decididamente en contra de la descendencia, como es obvio. Además, si se tiene en cuenta que en algunas de estas razas primitivas inferiores (por ejemplo los Neandertalianos) las formas más recientes presentan más acusados los caracteres llamados «teroides», se puede deducir, como algunos lo han hecho—y no sin razón—que al menos algunas de estas razas presentan no ya tipos primitivos, sino tipos degenerados, derivados de otras más elevadas (62).

¿Qué es, en definitiva, lo que nos enseña la paleoantropología? Que hasta el presente, si bien ha apuntado diversos presuntos troncos posibles, no ha podido señalar uno solo en concreto como predecesor del hombre; y desde luego que el transformismo sigue siendo una teoría, una explicación, pero no un hecho demostrado. Que el origen del hombre, a partir del simio fósil o cualquier otro antropomorfo no está, hoy por hoy, comprobado. Que los restos fósiles descubiertos «no lo demuestran, puesto que, por un lado, las formas más humaniformes conocidas son coetáneas o ligeramente anteriores al Hombre, de modo que, si no se las supone aún más anteriores (porque hay indicios algo serios para pensar en el hombre terciario), en vez de generadoras, pudieran ser formas degeneradas de él o meras convergencias morfológicas cuasihumanas; y, por otro lado, las menos humaniformes y de notable precedencia cronológica bien comprobada, unas nos son insuficientemente conocidas y otras son radicalmente divergentes de la humana, aunque no lo sean en ciertas apariencias» (63).

En consecuencia, que hoy siguen siendo válidas las palabras que el célebre Virchow pronunciara en el Congreso Internacional de Moscú

(62) PEDRO LEONARDI: *O. c.*, p. 246. Véase también V. MARCOZZI: *Poligenesi ed evoluzione nelle origine dell'uomo*, p. 384. Un ejemplo muy notable de lo mismo, tomado del reino vegetal, de anterioridad de las formas más perfectas en relación con las menos perfectas puede verse en H. NILSON, *art. cit.*, p. 213.

(63) V. ANDERER: *Hacia el origen del hombre*, p. 314; cf. *ib.* p. 181.

en 1892: «En la cuestión del hombre, hemos sido rechazados en toda la línea; todas las investigaciones emprendidas con el fin de hallar continuidad en el desarrollo progresivo, han sido sin resultado. No existe el *Praeanthropus*, no existe el Hombre-Mono; el eslabón intermedio sigue siendo un fantasma» (64). O las un tanto exageradas e irónicas, sin duda, que pronunció ante los Naturalistas del Congreso de Munich: «Tenemos que reconocer, efectivamente, que falta todo tipo fósil de un hombre menos perfecto que nosotros; y si reunimos la suma de los hombres fósiles encontrados hasta el presente y los ponemos en parangón con los de ahora, hasta podríamos afirmar decididamente que entre los contemporáneos existe un número mucho mayor de individuos relativamente inferiores que entre los fósiles conocidos (...) No podemos enseñar, no podemos proclamar como una conquista de la ciencia que el hombre desciende del mono o de cualquier otro animal» (65).

Tanto respecto del primer argumento como del segundo expuestos —en realidad son el mismo, si bien el segundo se remonta al pasado— debería observarse lo que en 1921 escribía Boule, en su conocida obra *Les hommes fossiles*: «Semejanza no siempre quiere decir parentesco» (66).

Por otra parte, la semejanza estructural, así como la graduada perfección ascendente que se observa en los seres vivos de la naturaleza, desde la ameba hasta el hombre, no demuestra, ni mucho menos está demostrado ya, por la paleontología, la dependencia causal de los más perfectos de los menos perfectos. «Todo esto, escribe irónicamente Landucci, sin embargo, hace presumir tan poco el origen de las especies más perfectas (dígase lo mismo respecto del hombre) de las imperfectas, como el ver una junto a otra una bicicleta, una motocicleta, un topolino o un magnífico «fuera de serie», hace presumir que los unos se hayan ido derivando de los otros» (66').

Y desde un punto de vista filosófico, no existe ningún motivo que impida afirmar la existencia de un plan preconcebido, según el cual las formas menos perfectas precedieran cronológicamente a las formas más perfectas, las más generalizadas a las más especializadas, sin

(64) *Revue scientifique*, 50 (1892) 591.

(65) En M. CUERVO, *O. c.*, pp. 516-517.

(66) E. BOULE: *Les hommes fossiles*, p. 106.

(66') PIER CARLO LANDUCCI: *¿Existe Dios?*, p. 83. Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1953.

que esto arguya necesariamente dependencia causal de las segundas en relación a las primeras.

Como acabamos de ver, la teoría transformista aplicada al hombre no ha sido comprobada hasta el presente. Las investigaciones sobre la anatomía, la morfología, el esfuerzo realizado por la paleoantología y más en concreto por la paleoantropología, en buscar los anillos intermedios, no han dado el resultado que se esperaba. Faltan todavía muchos. La especialización que se observa en los organismos inferiores, cuando el hombre aparece por primera vez, no permite la transición de unos a otros. Y, sin embargo, se afirma como tesis cierta. El hecho está demostrado, proclaman a coro los científicos. ¿Cómo conciliar estas afirmaciones tan rotundas con los resultados tan poco demostrativos que ellos mismos nos ofrecen como fruto de sus descubrimientos? ¿Es que quedan todavía otros fundamentos? No vamos a exponerlos, sino simplemente a enumerarlos, pues nadie los tiene por verdaderamente demostrativos. Son indicios, signos que apuntan en una dirección posible de seguir, pero no obligatoria. Y así se nos habla de diversos órganos—argumento de los *órganos homólogos*—del cuerpo humano, que tienen una peculiar y particular semejanza, no con los de los antropoides actuales o fósiles, sino con los de otros vivientes infraprimáticos más primitivos: así la mano, el pie, la dentadura, el oído, los ojos, tienen sus semejanzas con las de los más remotos vivientes vertebrados del planeta. Sin encontrarse estos órganos reunidos en cada uno de ellos en particular, se encuentran en unos o en otros, miembros que recuerdan más próximamente los mismos en el hombre, en el que, en este sentido, se da una verdadera convergencia biológica. «Renunciamos, escribe Rostand, a la idea seductora de una evolución indefinida. El hombre quedará como la suprema realización de la vida. Esta ha dado en él su medida. Ha gastado en nosotros, y antes de nosotros, todas sus fuerzas» (67). Afirmación de renuncia, pero en realidad se está haciendo la misma poesía.

Otro indicio, otro signo, serán los llamados «órganos rudimentarios», carentes de función, bien sea durante toda la vida del individuo—del hombre—o bien ejercida durante algún período de su vida, o acaso perjudiciales incluso, como a veces se ha dicho respecto del

(67) *Evolution des espèces*, p. 197. París, 1943.

apéndice vermiforme. Ewing señalaba 180 en el hombre, afirmando que fácilmente podían sumarse 90 ó 100 más; Wiedersheim, a principios de siglo, contaba 100. Hoy la biología ha liberado a muchos de ese nombre parasitario. Muchos biólogos creen incluso que no existe ninguno, y que lo verdaderamente rudimentario es nuestro conocimiento de los mismos, como sucedía hasta no hace mucho con gran parte de las glándulas endocrinas.

¿Qué prueban? ¿La evolución? ¿Serán restos inútiles o de mero adorno en nosotros, habiendo tenido verdadera utilidad en nuestros antepasados? Entonces, ¿por qué no desaparecen gradualmente? Si se los puede interpretar como indicios filogenésicos, ¿por qué no se han de interpretar como residuos ontogenésicos, restos del estado embrionario? Si la explicación que los considera como residuos embrionales no es totalmente satisfactoria, su contraria está en el deber de demostrar la falsedad. Además, bien puede suponerse un plan general en que lo genérico, lo común, aparece antes que lo específico; lo extensivo a varios, antes que lo peculiar de cada uno.

Finalmente, sabemos que Haeckel acudió a la embriología para demostrar la teoría de la evolución. De todos son conocidas sus falsificaciones. Su ley biogenética fundamental: la ontogénesis es la historia de la filogénesis, nadie la acepta con la absolutividad con que por él fué enunciada. Deberían existir verdaderos monstruos, y la historia o prehistoria habrían de mostrarnos vestigios de muchos intentos fracasados. Estos no aparecen. Además los casos anormales nunca podrán explicar lo que sucede normalmente, sino al revés, como la excepción no explica la regla, sino que se sale de ella.

IV.—GRADO DE CERTEZA APLICADA AL HOMBRE

¿Qué sabemos hoy sobre el origen del hombre? Creemos que el interrogante queda suficientemente respondido en lo que antecede. Que es una hipótesis, como dijo S. S. Pío XII en la Alocución citada y en la Encíclica *Humani Generis*; una simple hipótesis de trabajo, como repite constantemente Pedro Leonardi (68). Una teoría que «por más grandiosa y digna que sea del Dios creador, no ocasiona por este motivo pura satisfacción, sino más bien insatisfacción e incluso la preocupación de ser una explicación demasiado simplista y precipita-

(68) *O. c.*, pp. 246, 258, 273, 375.

da» (69). Este es el sentir común de los científicos, aun cuando las palabras expresen a veces lo contrario. Así lo cree el P. Marcozzi en su ya citado artículo de *Gregorianum* y en otras obras suyas sobre el mismo tema (70), en el que, después de declarar que se trata de una hipótesis (*Noi invece pensiamo che sia un'ipotesi*), se dirige a los teólogos para que nos digan si nuestra duda sobre el origen del hombre es compatible con la doctrina católica. Pero si los teólogos todavía no conocen sobre esta cuestión el verdadero significado de la revelación «que no nos impongan un peso que muchos, acaso, no podrían soportar; por eso mismo su responsabilidad es grande, pero también su misión es sublime» (71). O si quieren las palabras de un ilustre profesor español, del catedrático de la Central Bermudo Meléndez, helas aquí: «El origen del hombre, a partir de los antropomorfos, no puede considerarse como un caso de microevolución, y no puede generalizarse lo demostrado para las especies animales, por cuanto el hombre íntegro se compone de cuerpo y espíritu, no de aquél sólo... Pese a los recientes interesantísimos y numerosos descubrimientos paleantropológicos, sigue siguiendo notable la insuficiencia de los documentos fósiles, que aún no nos permiten establecer una serie filética que, partiendo de un determinado antropomorfo fósil, nos conduzca al hombre...

Hay, además, algunos hechos de dudosa interpretación que vienen a complicar el problema. La aparente (¿sólo aparente?) inversión en el orden de aparición de determinados fósiles en relación con su perfección morfológica: el *homo sapiens*, el morfológicamente más perfecto, no parece haber sido el último aparecido. Los hallazgos de Swascombe y posiblemente también los de Denise, Kanjera, Quinzano, etc., todos ellos del paleolítico inferior y medio, corresponden a fanerontropidos y sugieren como posible la hipótesis contraria, de que las formas morfológicamente inferiores de hombres fósiles pudieran derivar por evolución regresiva de otras morfológicamente más perfectas» (72).

FR. GENEROSO GUTIERREZ, O. P.

(69) PABLO OVERHAGER: *Sujeción y libertad del pensamiento católico. Resultados de las ciencias naturales*, p. 226, Barcelona, Herder, 1955.

(70) *Poligenesi ed evoluzione nelle origine dell'uomo*, Greg. 29 (1948) 343-391; *La vita e l'uomo*, p. 193, Milano 1946; *Evoluzione o creazione*, p. 125, Milano 1948.

(71) *Ib.* p. 391.

(72) En M. CUERVO, O. c., p. 518. Véanse también sus prólogos a las obras anteriormente citadas de Pedro Leonardi y Valeriano Andérez.